

Homilía  
Misa del Congreso Mariano  
2 de mayo, 2020

Este año celebramos nuestro 2º Congreso Mariano bajo unas circunstancias difíciles e inusuales. A diferencia de dos años atrás cuando en ocasión del 50º aniversario de nuestra diócesis consagramos nuestra diócesis al Inmaculado Corazón de María en una catedral llena, hoy nos reunimos a través de una transmisión en vivo, pero en esta capilla vacía. ¡Cuánta diferencia vemos en un par de años!

Pudimos haber cancelado nuestro Congreso Mariano de este año, tal como otros eventos se han tenido que cancelar o posponer. Sin embargo, dado los tiempos en que vivimos y los retos que enfrentamos, parece que esta celebración sea aún más necesaria y apropiada, para recurrir a María como intercesora y guía.

La decisión de consagrar la Diócesis de St. Petersburg al Inmaculado Corazón de María dos años atrás no fue difícil. Era importante reconocer las bendiciones de Dios y los favores recibidos de su santísima Madre durante los primeros 50 años de nuestra diócesis. Por lo tanto, fue lo más debido y justo reconocer nuestra

dependencia de Dios, así como confiar nuestra diócesis y encomendarnos nosotros mismos al cuidado de nuestra bendita Madre.

Debido a la gran participación en la consagración del 6 de mayo de 2018 y a la consecuente respuesta afirmativa, decidí llevar a cabo el Congreso Mariano de este año como un medio de intensificar nuestra devoción a María, así como una oportunidad de entender el papel que ella tiene en nuestro camino de fe y de invitar a otras personas a ponerse en sus brazos maternales.

La lectura del Evangelio de hoy narra cómo Jesús desde la cruz entrega a su Madre al cuidado del discípulo amado: “Mujer, ahí está tu hijo”. Y encarga al discípulo amado el cuidado de su Madre: “Ahí está tu madre”. El Evangelio nos dice que “desde aquella hora el discípulo se la llevó a vivir con él”. En este pasaje podemos vernos a nosotros -el Cuerpo de Cristo, o sea la Iglesia- representados por Juan, el discípulo amado: la Iglesia es entregada a María como Madre espiritual nuestra, y por eso la invitamos a nuestro hogar y a nuestro corazón en una relación de amor filial.

Nuestra primera lectura de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, nos deja entrever lo que los discípulos de Jesús hicieron

después de que él ascendiera al Padre en el cielo. La lectura nos dice que los apóstoles regresaron a Jerusalén y subieron al piso alto de la casa donde “perseveraban unánimemente en la oración, junto con María, la madre de Jesús”. Aquí podemos apreciar la intimidad de María con la Iglesia naciente, unida en oración mientras todos esperaban la venida del Espíritu Santo.

El deseo de María de estar en cercanía con los apóstoles es representativo de su deseo de estar en cercanía con nosotros. No hay nadie más cerca de Jesús que su Madre. Desde el momento que concibió a Jesús en su vientre y después lo crío y cuidó en el hogar de Nazaret, hasta ser testigo del ministerio público y de los milagros del Hijo, así como de su sufrimiento y su muerte que ella presenció al pie de la cruz, hasta la gloria de la resurrección, María estuvo siempre ahí, siempre presente, siempre fiel, siempre amorosa. Asimismo ella desea estar cerca de nosotros, siempre presente en nuestra vida, siempre fiel y siempre amorosa.

Toda devoción y consagración a María debe ser por su naturaleza Cristo-céntrica. En otras palabras, el propósito de nuestra oración y devoción mariana siempre ha de ser el deseo de buscar una relación más íntima con su Hijo. San Luis de Montfort lo declaró de este modo:

*“Si nosotros establecemos una devoción sólida a nuestra Santísima Señora, es sólo para establecer una devoción más perfecta a Jesucristo, y para proveer un medio fácil y seguro para encontrar a Jesucristo”.*

San Luis también dijo: *“Nunca rendimos más honor a Jesús que cuando rendimos honor a su Madre, y la honramos sencilla y solamente para honrarlo a él más perfectamente. Nosotros acudimos a ella sólo como un medio que nos guía hacia la meta que buscamos – su Hijo Jesús”.*

Esto es lo que la santísima Madre desea más que cualquier otra cosa: que nos acerquemos más a su Hijo y que consecuentemente deseemos la salvación y la vida eterna en el cielo. Sabemos por las Escrituras que María nunca quiso resaltar en nada. Aunque permaneció fiel a su Hijo Jesús durante sus primeros años en el hogar y luego durante su ministerio público, ella se mantuvo en el trasfondo, pero siempre cerca de él. Sus últimas palabras anotadas en las Escrituras confirman ese deseo: “Hagan lo que él les diga”. Fue lo que ella dijo en la boda de Caná cuando se presentó una crisis por necesidad de más vino.

Durante este tiempo de pandemia e incertidumbre, cuando tantos están sufriendo y otros tantos han muerto es aún más importante

personalmente y como nación confiarnos al cuidado maternal de María y pedir su intercesión. Es por eso que el arzobispo José Gómez, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, decidió, después de consultar con otros obispos, renovar la consagración de los Estados Unidos a María, Madre de la Iglesia, lo cual hizo ayer en nombre de la Conferencia y de los fieles. También invitó a los obispos de cada diócesis de los Estados Unidos a unirse a él rezando la oración de renovación, que yo haré hoy después de la homilía y la oración de los fieles.

En el año 2018 el Papa Francisco decretó que cada año el lunes después de Pentecostés debe ser celebrado como una Memoria de la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia. El Santo Padre estableció esta memoria, pues “la promoción de esta devoción puede incrementar el sentido materno de la Iglesia en los Pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana”. Es mi esperanza que este Congreso Mariano cada año en nuestra diócesis pueda ser instrumento de crecimiento de una genuina devoción y piedad mariana en esta Iglesia local.

Finalmente, en marzo de este año el Papa Francisco, consciente de la crisis que enfrenta el mundo, recurrió a María y confiando en el poder de su intercesión maternal oró de esta manera:

*“Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza.*

*Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos, que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.*

*Tú, Salvación de todos los pueblos, sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás, para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.*

*Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado nuestros dolores para conducirnos, a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.*

*Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba y libéranos de todo pecado, Oh Virgen gloriosa y bendita”.*

María, Madre de la Iglesia...ruega por nosotros.